
El neoliberalismo ideológico

*Seminario de Profesores Interfacultades Universidad Javeriana**

Dado que el neoliberalismo constituye un elemento determinante en la vida nacional contemporánea, debe ocupar un lugar principal en el trabajo de la comunidad académica que en la Pontificia Universidad Javeriana se ejercita en la docencia, la investigación y el servicio, para brindar al país soluciones concretas a los principales problemas que lo aquejan. La misión de la Universidad hace que cuestiones como la pobreza, la miseria y la corrupción no puedan ser soslayadas por quienes en la Universidad dedican su vida a la construcción de una sociedad más justa, fraterna y solidaria, razón por la cual se ha organizado un seminario interdisciplinar para examinar, desde diferentes perspectivas, el fenómeno del neoliberalismo y sus consecuencias políticas, sociales, culturales y económicas, generando amplia discusión alrededor de las relaciones entre la ética, la teología y la economía.

El trabajo que aquí se presenta recoge los principales temas, que han servido al Grupo N° 3 de este seminario para debatir acerca de la ideología que soporta el modelo neoliberal. Lejos de ser una propuesta concluyente –apenas expone los elementos más relevantes de las discusiones adelantadas por el grupo durante el primer semestre de 1997– no se trata de una propuesta terminada, sino de un documento que sintetiza los problemas debatidos para continuar la discusión en

* Protocolo final del Seminario de Profesores Interfacultades de la Pontificia Universidad Javeriana sobre el neoliberalismo, realizado del 1° de febrero al 5 de junio de 1997. El presente artículo corresponde al protocolo final del grupo N° 3 redactado por los profesores Edgar López López y Patricia H. Chacón N.

torno a ellos. Por eso muchas de las cuestiones sobre la ideología neoliberal permanecen abiertas al no haberse llegado a un consenso que comprenda las diferentes posturas de los miembros del grupo. Esta riqueza característica del debate se refleja en la divergencia con que algunos problemas, como el de la libertad humana, son tratados.

Este documento de trabajo se divide en dos partes: la primera es de carácter descriptivo y comprende los principales tópicos de la ideología liberal; la segunda es fundamentalmente valorativa y muestra los argumentos que, desde la ética filosófica y la teología moral, se esgrimen para legitimar o criticar el modelo neoliberal y su plataforma ideológica.

I. LA IDEOLOGÍA NEOLIBERAL

1. Capitalismo, liberalismo y neoliberalismo

Indagar por la ideología que soporta el discurso económico del neoliberalismo no es tarea fácil y debe comenzarse mostrando que, bien se entienda lo ideológico como contrapuesto a lo utópico, como legitimización del orden vigente o como sistema que agrupa el pensamiento de un sector social. Está claro que la ideología es una manera particular de representar el mundo, un sistema con el que se construye la realidad. En el caso del neoliberalismo, se trata del sistema que posibilita una política económica basada en el pensamiento económico liberal, de manera especial en las leyes de la libertad de mercado.

Las raíces ideológicas del liberalismo se pueden rastrear contemplando cómo el espíritu moderno que animó el surgimiento del capitalismo apareció con la fusión de lo religioso y lo económico, cuando en los siglos XVII y XVIII las ideas de razón, libertad e individuo cobraron su mayor importancia y apareció la clase media emergiendo en la historia europea. La reforma protestante hizo entrar el progreso y el crecimiento económico en el horizonte del Reino de Dios y, al postular que la riqueza era querida por Dios, aportó un nuevo significado a las actividades económicas del pasado. Así, la convicción religiosa devino en un humanismo en que la laboriosidad pasó a ser la nueva virtud suprema.

El espíritu del capitalismo es la mentalidad de la aventura, del riesgo y del desarrollo, y junto con las categorías modernas de individuo, libertad y razón, vino a constituir la fundamentación ideológica del liberalismo. Además de ser económico,

el liberalismo es también un sistema moral y político, que se proclama favorable a la realización del espíritu humano, entendido como libertad, pero para el neoliberalismo se trata de la libertad frente al Estado, libertad para producir, trabajar e intercambiar bienes y servicios, una libertad que tiene como condición la propiedad privada con fines individuales.

La economía liberal, desde la racionalización, planifica el riesgo propio de la empresa, instaurando una dinámica continua en que la organización económica sacrifica la seguridad actual en aras del mejoramiento futuro. La eficiencia se entiende como minimización de costos en la producción de un bien a través de la disminución del consumo de otros bienes (materias primas, mano de obra, etc.), por eso la eficiencia implica la disminución del desperdicio.

El utilitarismo es un tipo de pensamiento ético muy cercano a la economía liberal, ya que propone como criterio de discernimiento el mayor bienestar para el mayor número de personas. Hoy el neoliberalismo constituye una renovación de la tradición económica liberal, que busca emancipar al individuo de su indigencia sin apelar a otra tradición diferente a la liberal, pues en el neoliberalismo se cuenta con una racionalidad práctica, única y compartida que permite al individuo expresar sus diferencias, hacer sus elecciones y actuar para producir resultados.

En medio de las luchas pasionales que llevan a la acción, el hombre se revela como libre de tomar decisiones morales de acuerdo al seguimiento de las reglas que él mismo ha escogido, lo que constituye el fundamento de su dignidad, de su libertad. Para el neoliberalismo, el individuo construye su dignidad a partir de la variedad de los bienes a los que accede, pues se entiende la justicia como justicia distributiva, derivada de la posibilidad que todo individuo tiene para acceder a los procesos de negociación y para establecer los límites de estos mismos procesos.

El estudio de la economía no dice que todas las sociedades tiendan necesariamente a la eficiencia, pero plantea que ninguna puede conformarse racionalmente con la ineficiencia y por eso debe apelar a la descentralización en la toma de decisiones. Esta es una tesis de la que se apropian los neoliberales, quienes también muestran cómo la petición del hombre común para que se reconozcan sus logros no económicos —expresada como derechos y deberes— sólo puede verse atendida mediante las instituciones que le permitan desplegar sus deseos económicos y no económicos, su creatividad y la propia concepción de lo que es bueno para sí y lo que no lo es. Desde esta economía de los deseos, se revive la posibilidad de

negociación que el liberalismo propone al individuo frente a las múltiples maneras de satisfacer sus necesidades. El neoliberalismo justifica el orden vigente en la economía mundial, con base en la doctrina de la satisfacción de deseos individuales y muestra como la razón busca el beneficio individual, esperando que el bien de los demás venga por analogía y que la maximización actual del placer garantice su permanencia en el futuro.

2. Visión neoliberal de la historia

La influencia de la ciencia moderna que busca causalmente la dinámica de los procesos introdujo en el Renacimiento un elemento nuevo para el estudio de la historia en Occidente: la consideración de una finalidad universal. Este intento sistemático de ver la unidireccionalidad de la historia, alcanza su esplendor en el idealismo que propone un único fin, implícitamente presente desde siempre, una plenitud en que las capacidades humanas se desarrollan completamente.

La trayectoria de la historia humana tendría como finalidad universal la realización de la libertad humana y el mecanismo que empujaría la humanidad a hacer el recorrido desde la insociable sociabilidad hasta la plenitud de la razón estaría determinada por la competitividad y vanidad humanas como fuente de creatividad social. Así, se explica que el progreso de la historia no proceda del directo y firme desarrollo de la razón, sino de la interacción de las pasiones que conducen la historia por las vías de los conflictos, revoluciones y guerras. Se trata de una astucia de la razón que, como una mano invisible, garantiza su concreción histórica.

Desde esta perspectiva, la verdad es concebida como relativa, pues se ve la historia como una sucesión de distintas formas de conciencia, como una gama seriada de modos de pensar acerca de las cuestiones fundamentales del bien y del mal, un proceso dialéctico llevado adelante por el mecanismo de la lucha en busca del reconocimiento y el respeto del individuo. Esta lucha en procura del reconocimiento por parte de los demás es llevada adelante por el individuo, en medio de las relaciones de dominio, y llega muchas veces a ser violenta y animada por motivos de vana gloria. No obstante, sin esta lucha el hombre no puede realizarse políticamente en la historia, ya que existe la necesidad de darle valor a las cosas, a las acciones, a los objetos, a uno mismo y a los demás hombres.

Pero en cuanto a los demás seres humanos, se puede contar con el caso contrario al de otorgarles valor; se trata del ejercicio de una rivalidad que genera sentimientos

de competencia entre grupos de individuos que practican alguna solidaridad exclusiva mediante la cual se establecen las clases sociales. Tal competencia introduce en la historia capítulos en que unos pueblos se quedan atrás de otros por no alcanzar los altos grados de su desarrollo. Para los neoliberales, el despliegue de la ciencia natural moderna evidencia la unidireccionalidad de la historia y la serie uniforme de cambios en pueblos y culturas para hacer posible el desarrollo político de la democracia y el crecimiento económico del capitalismo que favorece a todos. Las sociedades postindustriales deben su desarrollo a la tecnología de la información y a la acumulación creciente de conocimientos, pero el hombre concreto que padece la pobreza en un país subdesarrollado, hoy clama por una mayor remuneración y esto sólo será factible, dicen los neoliberales, en una sociedad que dedique un menor sector de la población a la producción de alimentos y bienes de primera necesidad. En esto es definitivo la apropiación de la ciencia moderna a través de la industrialización.

Para los neoliberales el análisis de las ciencias positivas ha mostrado que el mecanismo de la historia universal consiste en un avance ilimitado del progreso, que hoy se manifiesta en la globalización de la economía y en la importancia que tiene la tecnología para la vida contemporánea. El progreso no se puede echar atrás y tampoco se puede detener, pues los grandes problemas introducidos en la historia a causa del desarrollo de la tecnología han de ser solucionados con un avance ulterior de esta misma tecnología. Siempre que haya vida humana es posible reiniciar el camino hacia el progreso, se dice.

Los problemas del medio ambiente podrán ser atendidos cuando la misma tecnología que los ha producido avance aun más, pero esto sólo será posible gracias a los pueblos que permiten tal avance tecnológico. Los problemas introducidos por el desarrollo libre del mercado se han de solucionar liberando aun más el mismo mercado. Es así como los pueblos en subdesarrollo vienen a ser en la historia los mayores predadores de recursos naturales por no poner su parte en la dinámica del progreso técnico y científico para la conservación del medio ambiente.

3. La plenitud de la historia

Desde esta visión parcializada, se contempla cómo la historia transcurre bajo la dinámica del mecanismo del deseo y cómo la libertad y la igualdad de los individuos se realizan plenamente en el Estado liberal moderno, forma óptima de organización social. La organización social no conoce ni conocerá en la historia una mejor posibilidad que la demoliberal, pues ella responde a la plenitud de la razón

humana con una división del trabajo que garantiza crecimiento económico y aumento de la productividad.

El querer afirmarse a sí mismo explica la insociable sociabilidad del individuo y determina la vida social, pues en todo hombre hay un anhelo de libre expresión del ser que permite renunciar a la resignación y trascender el mundo de las puras existencias. El reconocimiento de la propia libertad se convierte en un combate a muerte y en el establecimiento de unas relaciones de dominio, y como la alternativa al dominio es la muerte, el neoliberalismo propone defender la vida mediante el contrato social, que en términos de la democracia liberal, es contrato puramente jurídico y económico, favorecedor de la libertad individual frente al Estado y del derecho a la propiedad privada. Más allá de la doctrina del contrato social, es el mecanismo de la lucha por el reconocimiento lo que sustenta las teorías económicas y políticas contemporáneas

Quienes son dominados en la historia nunca van a triunfar por no lograr la realización de la libertad, y esto es lo que acontece en las economías de los países menos favorecidos por el ordenamiento de la economía mundial, pues sus sistemas políticos no son verdaderamente democráticos. Los neoliberales afirman que en el Tercer Mundo no se ha dado un verdadero neoliberalismo, sino se ha conseguido tan sólo un mercantilismo viciado por las intervenciones del Estado que impiden el desarrollo. Por eso el neoliberalismo apoya la tesis de la reducción del Estado, con base en la constatación histórica de cómo los pueblos rechazan los gobiernos totalitarios y emprenden su camino hacia la democracia superando las formas tiránicas mediante las revoluciones que le garanticen, al lado de la supervivencia, una existencia cómoda y rica. Así, la amenaza de guerra lleva a los estados liberales a garantizar la hegemonía de sus sistemas sociales para que faciliten la producción y el despliegue de la tecnología. El neoliberalismo propugna la modernización defensiva que, motivada por la competencia entre las naciones y la persistencia de la guerra, debe prolongar la expansión de los Estados modernos fuertes, expansión iniciada en los siglos XVIII y XIX.

El fin de la historia llega con la igualdad ante la ley y el neoliberalismo se proclama destino final de la historia, no como término, sino como finalidad de un proceso dialéctico, pues en la plenitud histórica el Estado es de tamaño muy reducido, respetuoso de la dignidad humana entendida como autonomía, un Estado no responsable de la dinámica social, pues la reducción de su tamaño y funciones hace

que se olvide de velar por los intereses de la sociedad y se dedique más bien a favorecer los intereses de una clase.

El efectivo papel de la ciencia positiva en lo bélico y lo económico corrobora que la historia, producida como consecuencia del despliegue del espíritu de libertad, se mueve en una única dirección. En este proceso, la sociedad civil existe para proteger la paz social del orden imperante, esto es, para realizar la institucionalización de la propiedad privada. Para el neoliberalismo, la pobreza material se combate con la abundancia social bajo el supuesto de que el desarrollo y el crecimiento significan erradicación de pobreza, pues el progreso se lee desde las cifras de producción económica para verificar los estados de desarrollo, sin tener en cuenta la distribución del beneficio. El fin de la historia ha venido porque la vida en el Estado liberal es satisfactoria para sus ciudadanos y la producción garantiza por sí sola el advenimiento del bien común.

4. Visión neoliberal de la democracia

Desde el neoliberalismo se entiende que las complejas relaciones entre los sistemas económico, político y cultural no se pueden entender causalmente, sino bajo la dinámica de la lucha por la supervivencia de la especie y por la realización de la libertad. Tal proceso termina con la plenitud de la democracia, pero la democracia es entendida aquí desde la teoría de la modernización, se trata de una democracia agotada en la participación y la deliberación. Como el bien común permanece fuera de su alcance, la democracia llega a ser compatible con cualquiera de los sistemas de dominación social, incluso con el totalitarismo, al que puede emular por compartir –y hasta superar– su carácter impersonal. En la democracia liberal, la libertad y la vida pasan al servicio de la propiedad que deviene la riqueza, quedando en evidencia que se trata de una democracia formal y no sustantiva, reducida a la pura representación, sin contar con una participación de la sociedad civil que permita el control sobre el ejercicio del poder y garantice los derechos fundamentales de las personas.

El Estado es visto como gendarme y por eso se proclama que su relación con la sociedad civil debe tener la forma de una relación para con propietarios y productores, debe ser indiferente con respecto al bien-común, su función es la de tolerar las diferentes maneras de vida y velar sólo por los derechos civiles que permiten la consecución de la riqueza. Por eso, históricamente el capitalismo no ha sido nunca democrático, pues la democracia de los liberales persigue los intereses

de clase y no el desarrollo integral de la sociedad, se trata de una democracia deliberativa y no efectivamente participativa. Eso explica que en el fuero político el neoliberalismo no hable de los derechos humanos, sino de los derechos civiles (libertad de propiedad, de empresa y de mercado).

En el neoliberalismo, el desarrollo se mide desde los factores económicos, dejando a un lado el desarrollo a escala humana, pues el análisis se centra en el puro crecimiento económico, sin prestar atención a la distribución del ingreso ni en la aplicación de la justicia. Así, el capitalismo democrático se fundamenta en una intrínseca relación entre libertad económica y libertad política, relación que no se explica sino empíricamente, pues se dice que el liberalismo y la democracia constituyen el ambiente propicio para que la libertad humana se realice. Aquí la libertad tiene como condición la propiedad, pues es libertad frente al Estado, libertad para producir, trabajar e intercambiar bienes y servicios.

II. VALORACIÓN DESDE LA ÉTICA Y LA TEOLOGÍA

1. El ser humano del neoliberalismo y su legitimación ético-teológica

La moral es un conjunto de prescripciones de carácter personal o social, mientras el oficio de la ética es legitimar, fundamentar o justificar esta normatividad, es decir, considerar si existen la racionalidad y la necesidad de este sistema de normas. La moral de una sociedad consiste en las prácticas concretas que le dan forma, mientras la ética se entiende como la moral pensada. En esta relación se establece que hay notables cambios con la historia y la cultura, por lo que resulta difícil encontrar un criterio que sirva para evaluar si una ética es mejor que otra.

La ética se inaugura con la pregunta socrática de ¿cómo se debe vivir? y los criterios de acción son de carácter eminentemente práctico, no metodológicos o conceptuales. Pero en medio de la variedad de propuestas éticas, se puede ver que dos elementos subyacen de manera principal a toda la ética: una determinada concepción de hombre y una determinada concepción de racionalidad. De esta suerte, ninguna propuesta ética es neutral.

En la ética filosófica contemporánea se han hecho esfuerzos por legitimar el liberalismo reflexionando sobre el orden establecido con base en la racionalidad liberal para permitir anticiparse a cismas inspirados en el socialismo, como el que tuvo lugar en América en los 60s. Con esta intención se propone la teoría de un

sistema social, económico y político, cuyo alcance abarca los campos más vastos de la sociedad. Las visiones tendenciosas de la historia y de la democracia son posibles para el neoliberalismo gracias a la visión de un ser humano acorde con sus propuestas. El hombre del neoliberalismo es el hombre económico, un hombre racional que vela por su autoconservación, sobreponiéndose a los condicionamientos materiales, un agente moral capaz de la elección que está en la base del neoaristotelismo, el neokantismo y el neocontractualismo.

Una sociedad compuesta por individuos egoístas puede autodestruirse porque, al absolutizar el lugar del individuo, se ponen el peligro los ejes de la persona y de la comunidad. Esto animó las concreciones socialistas, que el liberalismo critica con intenciones claramente apologéticas, apoyándose en la impersonalidad propia del sistema socialista, sin admitir que en él mismo opera también una homogenización a partir de los deseos individuales y de una ideología del progreso que desconoce el multiculturalismo. En esta crítica se arguye que en el socialismo se estandarizaron los gustos y se regularon las formas de vida, destruyendo el carácter moral de las personas al negar su capacidad moral de actuación. Para los neoliberales, el fracaso del socialismo se debió a la resistencia que generó el pesado centralismo administrativo, el desencanto de la sociedad por las promesas no cumplidas, la crítica externa y las presiones foráneas para establecer una apertura imprescindible. El movimiento justificador del neoliberalismo se basa en la interpretación de los hechos históricos bajo la suposición de un *telos* de la razón que conduce a la democracia liberal. La crítica al socialismo está reforzada por el colapso de finales del siglo XX que permite al neoliberalismo proclamarse como sistema único e ideal. Lo que perdura es lo que debe ser, la plenitud de la historia está en la forma demoliberal de organización, pues está a prueba de toda crisis en virtud de su carácter autocorrectivo.

Los neoliberales quieren rescatar la idea de la dignidad humana con base en los derechos civiles. Por eso para ellos el hombre es, ante todo, sujeto de deseos, pero creador de una ciencia que le permite la satisfacción de sus deseos en constante evolución. Este hombre racional es también político y habita en una historia movida por la satisfacción del deseo, una historia marcada por el individualismo furibundo, expresado en la competitividad. El capitalismo como búsqueda del beneficio renovado gracias a la planeación y organización de los medios y los fines, asegura la continuidad de la empresa económica en que se ejerce la libertad. Pero se trata de la libertad de escoger dónde trabajar y qué hacer con el fruto del trabajo, o sea, de un trabajo e intercambio profundamente impersonales. La alineación es la otra

cara de la libertad en este sistema, pues el capitalismo democrático responde a una teología basada en el progreso, que corresponde a la racionalidad tecno-científica vista como motor de la historia.

Los neokantianos parten de una gran confianza en la razón universal y en sus ideales cosmopolitas. Para ellos, la razón posee fines en sí misma y la legitimación de tales fines va a conducir a la ética por el largo camino del procedimentalismo. Lo específico de las éticas neokantianas, mejor llamadas dialógicas, es la creencia en la idea de una racionalidad *a priori*, expresada en términos argumentativos, mediada por el lenguaje, pues los procesos argumentativos corresponden a procesos de racionalización. La lingüística es la forma de la razón que hace posible el consenso y dicha razón tiene alcances cosmopolitas. Se trata de una racionalidad sustantiva que posee fines en sí misma, pero que hace más problemática de lo que parece la cuestión sobre la dignidad humana. Este alcance universal otorgado a la razón es el foco de la crítica que los neoaristotélicos, mejor llamados comunitaristas, dirigen a los neokantianos, poniendo en duda el procedimentalismo, el cosmopolitismo y la necesidad de la discriminación entre la vida pública y la vida privada.

Los comunitaristas recuperan las nociones de *comunidad* y de *ética sustantiva*, dejando supeditado el imperio universal de la razón a la pertenencia a una comunidad lingüística, cultural, étnica, religiosa, o de otro tipo. La ética propuesta por estos pensadores no es ya una ética del deber ser como las de los neokantianos, sino una ética del ser, una ética de las virtudes propias de la comunidad. Lo específico de las éticas comunitaristas, es la idea de la comunidad y de las virtudes que le pertenecen, la idea de un hombre que está determinado por los valores presentes en la tradición de la comunidad en que está inscrito. Para las éticas comunitaristas el ser humano está determinado por su pertenencia a la comunidad, que le da sentido y que lo explica.

A pesar de la crítica al sistema liberal de justicia, la separación entre neoaristotelismo y liberalismo es aparente, pues criterios como el respeto al individuo muestran que en realidad el neoaristotelismo, como el neokantismo, se puede ubicar dentro de la tradición liberal. La defensa del liberalismo es una preocupación moral común a ambos sistemas. Para los neoaristotélicos no se trata de un liberalismo *a priori* y formal, sino derivado del *statu quo* de la comunidad a la que pertenece el individuo, mientras para los neokantianos es una preocupación por las formas posibles de la justicia.

Estas éticas pretenden, con base en normas morales o en criterios de justicia, resolver conflictos de convivencia en el mundo, pero muestran ser incapaces de cumplir su cometido, como bien lo ilustran las remanentes luchas que siguen teniendo lugar en el mundo. Así, ante la insuficiencia de estas propuestas éticas, surge una tercera vía en la ética contemporánea, la del neocontractualismo, una de cuyas vertientes tiene como cuestión primera la pregunta por la manera posible de una moral que sirva para cualquier propósito de convivencia y de resolución de conflictos, pero que al mismo tiempo sea compatible con los intereses de cada uno de los individuos.

Se busca desarrollar una moral contractual que permita salir del estado natural de guerra, que si bien no es de lucha abierta y declarada, sí es una disposición permanente hacia el conflicto. Para tal efecto se cuenta con un ordenamiento jurídico establecido por el derecho positivo que permita a los individuos negociar para poder convivir pacíficamente. En esta tercera vía no hay intenciones universalistas, no se cuenta con posiciones trascendentales y no se admite ningún tipo *a priori*, pero tampoco los relativismos comunitarios, lingüísticos, históricos o de otro tipo tienen lugar. La ética de los neocontractualistas forma parte de una teoría mayor que la comprende y la hace posible, la teoría de la decisión racional, que pasa a ser el nuevo criterio normativo.

Los neocontractualistas se oponen a una razón universal o comunitaria como recurso, pero siguen atendiendo a la razón bajo la forma de la teoría de la decisión racional, una forma muy cercana al modelo neoclásico en el que cada individuo, persiguiendo su propósito y no con miras al bien común, logra -en un estado de equilibrio- un óptimo social. Este bien social no es absoluto, pero se aproxima a ello bajo la forma del respeto a los recursos que son escasos, haciendo así que el interés propio devenga solución a problemas comunes. Desde esta perspectiva, la racionalidad económica se basa en una lógica en que el individuo persigue conseguir cada vez más, el criterio es: *más es mejor*.

Pero también existe una intención legitimadora del neoliberalismo en la ética teológica contemporánea; se trata de una corriente que quiere legitimar el orden establecido y para eso se basa en la interdependencia entre los subsistemas económicos, político y cultural. Desde la teología de la liberación norteamericana, que se encuentra articulada a la división de poderes del Estado liberal, el neoliberalismo representa la auténtica liberación. Se quiere ver que la afinidad entre lo económico y lo religioso no se agota entre la ética protestante y el espíritu

del capitalismo, sino que este último también resulta afín al catolicismo. Esta afinidad entre la ideología liberal y el catolicismo se puede contemplar articulada desde cinco núcleos, a saber:

- La creación, de la que participa el hombre mediante su espíritu creativo que le permite construir la historia del mundo
- El dinero, que cumple un papel importante, como factor histórico para el desarrollo económico querido por Dios.
- La encarnación, mediante la cual Dios da respuesta a las necesidades humanas y que se prolonga en la satisfacción de las necesidades de consumo
- La Trinidad que permite afirmar la unidad y la diversidad inherentes a la forma de vida del liberalismo
- La caridad, centro del mensaje cristiano, que en el neoliberalismo se entiende como posible mediante un proceso de producción que permita la satisfacción de las necesidades humanas.

2. Cristianismo, ética y teología

Todo discurso teológico tiene una base ética y si bien el cristianismo no propone directamente ningún modelo económico como el ideal, aquí debe discernirse cuál es el fundamento de la propuesta cristiana para examinar el sistema económico del neoliberalismo y proponer alguna alternativa. Así como la experiencia del Espíritu animó a los primeros cristianos, la contribución del cristianismo sigue poniendo en tensión la historia hacia la construcción de una sociedad más justa, por eso el influjo del cristianismo en la ética debe llevar a un proyecto económico que atiende a los problemas introducidos por el pecado social.

En el marco de la interdisciplinariedad, la cuestión del modelo económico compete directamente a la Economía, pero la Teología –y las demás disciplinas– sí pueden interpelar para que se logre un modelo económico político y social participativo y equitativo, favorable al Reino de Dios, pues el ser humano es el punto de encuentro de diversas disciplinas. Al lado de la rentabilidad, la economía debe atender a lo propio de la propuesta de Jesús: la solidaridad. El economista, el filósofo, el teólogo, el cristiano y el pobre son seres humanos, y debe cuidarse que la

experiencia del ser humano vaya por el mismo camino de su racionalidad, pues los horizontes de sentido en la existencia no pueden contraponerse a los resultados de los procedimientos científicos. En este sentido, lo ético y lo epistemológico muestran la importancia que merecen, pues la reflexión sobre el neoliberalismo es un lugar en que se encuentran desde las perspectivas política, económica, social, teológica y filosófica.

El cristianismo, como propuesta ética, debe ser visto en la complejidad de haber sido interpretado, comunicado y vivido en términos de diferentes éticas y, aunque la ética filosófica también implica un elemento profundamente experiencial, en la perspectiva teológica se parte de la experiencia religiosa. Se trata de un punto de partida diverso, nunca contrapuesto o excluyente, con respecto a la perspectiva filosófica. Estrictamente hablando, la ética cristiana es sólo parte de la ética teológica, pues esta es más amplia al comprender las éticas de las demás religiones históricas.

En este campo resulta muy problemático afirmar la existencia de absolutos éticos, pero puede postularse la existencia de criterios comunes, criterios éticos con un alcance universal que desborda lo puramente formal. Sin embargo, la presencia de los no creyentes y de los practicantes de confesiones diversas en el panorama de la moral ofrece notables dificultades a la cuestión de los absolutos e invita a pensar más bien en universales. Sin embargo, puede proponerse que el absoluto moral del cristiano es la vivencia de Jesús, lo que implica muchas ideas que se encuentran en otras religiones y filosofías.

La justicia cristiana se basa en un elemento que tiene carácter de absoluto para el cristiano: el mandato exigido por Jesús, el mandato del amor. Optar por construir la vida con los demás no es eliminar el propio yo, sino aceptar la norma de amarse a sí mismo, al otro y a Dios con el mismo amor. Si alguien no se ama a sí mismo no puede amar al otro y tampoco puede amar a Dios. A diferencia del egoísmo, el amor a sí mismo no niega al otro, pues la persona es relación y sólo puede crecer con referencia al otro. Para el cristiano el amor al otro no es consecuencia del amor a Dios porque el otro debe valer en cuanto otro y no sólo en cuanto hijo de Dios.

La particularidad de la vivencia cristiana no es un patrimonio que niegue o agote a los demás, sino que habilita al cristiano para dialogar con los otros. Quien tiene fe puede dialogar con el que no la tiene, porque la fe del cristiano es una opción por

el ser humano y toda persona se conduce de acuerdo a ciertos absolutos encaminados a la plenificación de su vida. Toda persona humana tiene la moción del egoísmo y de la alteridad, sus intereses individuales y los intereses de los demás.

Entender lo específicamente cristiano depende de cómo se entienda a Jesucristo y, dado que Jesús es profundamente humano, atender a lo particular de lo cristiano es atender –en últimas– a la cuestión sobre lo específicamente humano, a una radicalización de lo humano sin acudir a nociones metafísicas como *naturaleza humana* o *esencia humana*. La experiencia personal e histórica de Jesús lleva fundamentalmente a una vida en la práctica de la alteridad y la solidaridad. El acontecimiento de la Pascua debe vivirse en la vida concreta, y una de las maneras de hacerlo es la alteridad.

El plan de Jesús se cimenta sobre la gratuidad y la capacidad de alegrarse o padecer con la alegría o el dolor del otro, es una propuesta de búsqueda, una propuesta de alteridad. El lugar de encuentro es el ser humano y es Dios, quien acude a él primero mediante la encarnación. El Dios del cristiano es un Dios revelado como comunidad, pero también como ser humano hambriento y desnudo que interpela la libertad de los demás desde su indigencia. La propuesta de la justicia cristiana es asimétrica porque pasar de la desigualdad a la igualdad implica otra desigualdad y de ahí viene la opción preferencial por los pobres, propia de Jesús y del cristiano.

La Teología puede proponerse como la relación entre dos momentos: el de la experiencia, el del encuentro personal y social, y el momento del silencio en que germina tal experiencia gracias a la reflexión que sobre ella se hace para buscar cuáles son los horizontes de la construcción de un comportamiento personal y social plenificante, que garantice la consecución de la verdadera felicidad en que la persona y la comunidad se realicen. La Teología no es sólo un quehacer académico; se trata de un tomar conciencia de la experiencia histórica a través de la cual Dios se manifiesta, es un desarrollo constantemente enriquecido por un callar.

Esto supuesto, la ética teológica adquiere la forma de liberación y teniendo como eje a Jesucristo, comparte hoy para los cristianos la vivencia histórica de Jesús bajo la moción del Espíritu. La experiencia del Jesús que en el primer siglo de nuestra era vivió en la Palestina –ocupación romana organizada políticamente como teocracia– interactuando con diversos grupos humanos. En este sentido, las

relaciones que Jesús estableció con los grupos sociales de su tiempo se enmarcan en la teocracia excluyente y en la creencia en un Dios castigador que prefería a algunos y excluía otros muchos. En el ambiente que rodea la predicación y la acción de Jesús confluyen el poder económico de los saduceos, la legalidad de clase media formada por los fariseos, la condición marginada del pueblo, el celo de los esenios y la esperanza de reivindicación política de los zelotes. La estructura clasista de esta sociedad muestra la contemplación de un Dios clasista cuyos preferidos ostentan poder y riqueza en contraste con la miseria de los rechazados (mujeres, niños, pecadores, enfermos, publicanos, pobres).

En este ambiente, Jesús experimentó y predicó al Dios de la misericordia, del perdón, de la solidaridad y la gratitud. Para Jesús, Dios se manifiesta en la experiencia de relacionarse con el otro sin ningún interés diferente al mismo otro. Lo fundamental para el Dios Padre de Jesús es la persona y por eso Jesús siente en su propia persona el dolor del otro, se propone hacer real la posibilidad de un mundo sin excluidos siendo amigo de todos. Para Jesús la justicia está por encima de la ley y su palabra se sobrepone al régimen y al culto.

Desde la perspectiva humana el proyecto de Jesús es un fracaso, pues cuestionar el poder social, político, económico e individual lo llevó a ser detenido, torturado y asesinado. Su propuesta de alteridad y solidaridad para con los más pobres resultó una actitud peligrosa, que fue abandonada por sus seguidores ante el fracaso de la empresa. Sin embargo, la experimentación de una fuerza que hoy se conoce como Espíritu llevó a los seguidores de Jesús a reunirse más tarde y a dar testimonio de la transformación personal y social a través de los hechos y de la propia vida.

La experiencia actual de Jesús sigue siendo una experiencia de sentido, una forma de vida que tiene como elementos fundamentales a la persona y a la comunidad, pues son lugares propicios para el reconocimiento y la práctica de la solidaridad. Desde la gratitud y la participación se trata fundamentalmente de una dinámica experiencial, vital y existencial, de la cual surgen como características de la persona la tensión hacia la trascendencia, la contingencia como conciencia del propio ser pecador, la necesidad de conversión, la referencia obligada al otro y a su proyecto, la solidaridad como oposición al egoísmo, el seguimiento histórico de Jesús bajo la moción del Espíritu, la identificación con la causa del Reino de Dios y la búsqueda de la salvación como liberación integral y plenitud de la vida humana.

3. Crítica ético-teológica al neoliberalismo

Toda persona humana tiene la moción del egoísmo y de la alteridad, la inclinación a reconocer sus intereses individuales y los intereses de los demás, y en la dinámica personal y social planteada por la Teología el deseo del reconocimiento, tan importante para el neoliberalismo, también ocupa un lugar principal. Desde la perspectiva cristiana, no se busca ser reconocido mediante una lucha con el otro para lograr que el otro se someta y reconozca su condición de esclavo, pues la dirección del reconocimiento cristiano es contraria: antes de ser reconocido se pide reconocer al otro. La voluntad de ver al otro como necesitado hace que la dominación del otro no sea condición para el reconocimiento. En la tradición judeocristiana se parte del reconocimiento de las necesidades concretas del otro, en primer lugar de las necesidades corporales, materiales, y allí se origina el amor y el establecimiento de la comunidad a partir de éste. Sin embargo, el núcleo del problema no está en la satisfacción de las necesidades del otro, sino en el establecimiento de unas relaciones de solidaridad: en el reconocimiento del otro como necesitado.

La desigualdad entre los seres humanos y los grupos humanos no es una pura condición accidental, sino tiene carácter determinante. Para el Evangelio, pobres son todos aquellos por los que optó Jesús y que, de alguna manera, tienen disminuida su condición humana. La búsqueda de una igualdad fundamental es la que anima la lucha por los derechos humanos, una lucha por cambiar el orden establecido, por eso la Iglesia propone la dinámica solidaria del reconocimiento, que lejos del sometimiento del esclavo se basa en el reconocimiento de todas las potencialidades y los derechos de la humanidad.

Lo concreto hoy son los problemas de la convivencia que desbordan los límites de las propuestas éticas contemporáneas y que hacen urgente el establecimiento de un consenso ético mínimo universal, pues está en peligro la supervivencia de la especie. No es posible que cada quien pueda proponer qué es lo malo y qué es lo bueno, ya que el acuerdo mínimo universal no da espera frente a la situación de los derechos humanos, los conflictos armados, la elevación de las tasas de pobreza y la destrucción de los recursos naturales, entre otros problemas. Todo esto sólo puede resolverse entre todos, más allá de las éticas locales e históricas. En el consenso ético universal no cuentan sólo los contenidos del acuerdo, sino la manera de alcanzarlo, un encuentro entre los intereses y las necesidades de los participantes, todos presentes como interlocutores válidos.

Debe buscarse un diálogo que comprometa a la observancia de los mínimos y que devenga compromiso a partir de las condiciones de participación en que todos presentan los mínimos de obligatoriedad. La superación de los obstáculos morales del desarrollo debe pasar por el reconocimiento de la interdependencia entre los hombres y las naciones, que involucran a las personas y a los pueblos mediante un sistema de relaciones económicas, culturales, políticas y religiosas que vienen a comprometer moralmente sin excepción. La solidaridad es resultado del reconocimiento de la interdependencia y el bien común compromete a todos como responsables de todos. La dignidad humana es una cuestión que sobrepasa el fuero de los sentimientos y por eso se deben analizar las estructuras del pecado, las maneras de organización laboral y de propiedad, pues la ética no se agota en las relaciones interpersonales, sino que tiene que ocuparse de las estructuras sociales en que se enmarcan tales relaciones.

Al afán de ganancia y la sed de poder son fuentes de pecado a vencer mediante la gracia divina, que lleva a la entrega por el bien del prójimo, a la disponibilidad para perderse por el otro. La fe como opción por el ser humano impide al creyente hacer una división entre su discurso y su vida, división que deviene pecado a modo de falta de memoria personal e histórica manifestada en una vida a espaldas de la solidaridad, la propuesta cristiana no es para saberla, sino para vivirla, la coherencia es un imperativo para el que cree. El sentido moral acompaña el desarrollo del ser humano como la facultad para discernir el modo de vida más propicio a lo auténticamente humano en los diferentes momentos históricos, dirige por la historia las acciones de la humanidad. La moral se construye históricamente, lo difícil es que en cada momento el hombre pueda aterrizar este sentido moral en fórmulas concretas para solucionar los problemas que se ofrecen a la convivencia pacífica.

Ahora bien, en un modelo económico que se mueve bajo la perspectiva de la rentabilidad, la Pascua debe concretarse en la transformación de esa estructura de competencia y exclusión que genera altos índices de pobreza e imposibilidad de satisfacer las necesidades fundamentales de muchos. El 42% de los colombianos no tiene techo, comida, trabajo, descanso ni educación dignos de su condición humana y esta situación es similar en América Latina y en todo el Tercer Mundo. Cifras reveladas por la Organización de la Naciones Unidas revelan la manera vertiginosa como se han disparado las tasas de pobreza durante los últimos diez años. Aunque en el mercado la oferta y la demanda se muestren funcionales, una cosa es la intención de la teoría económica y otra cosa son los hechos en la

economía. La manera como hoy se organiza la política económica está atravesada por el egoísmo, por el afán de la ganancia y la sed de poder, que lleva a buscar el beneficio a *cualquier precio*. No sólo los individuos son víctimas de estas actitudes de pecado, pues las naciones y los bloques de naciones también se ven afectados por la idolatría del dinero, de la exclusión y de la tecnología.

Pero no basta la descripción, pues a los pobres no les ayuda definir qué es la pobreza, debe decirse algo que les ayude a dejar de ser pobres, debe haber teorías económicas sobre la pobreza y el planteamiento de salidas al problema de la pobreza y de la injusticia. Pero para que haya justicia distributiva tiene que haber algo que distribuir, el problema de la falta de riqueza no se puede solucionar distribuyendo pobreza.

El elogio a la libertad y a la democracia se hace por parte de los gobernantes de muchos países es saludado ingenuamente como si ellas fueran buenas en sí mismas, más allá de los contradictorios resultados de su instauración. El neoliberalismo quiere ignorar que todo deseo está mediado cultural, política y tecnológicamente, incluso el deseo de reconocimiento por parte del otro.

En el evangelio, rico es aquel que atesora todo para sí, un atesorar en todos los órdenes: bienes materiales, conocimiento, ascendencia familiar, que vienen a ser más que una profunda miseria humana. El pecado es la falta de solidaridad y alteridad. La pobreza evangélica, en cambio, es la actitud de solidaridad y el compromiso con el cambio del orden excluyente. Jesús propone el despojo y la solidaridad como formas de vida, una lucha por la transformación de toda miseria humana, una transformación personal y social, hechos que subvierten el orden establecido.

Con respecto a la fundamentación de la economía en el deseo hay que afirmar que el deseo no es neutro, que no hay un deseo puro, pero la ideología neoliberal quiere hacer una economía de las pasiones basándose en la negación de que todo conocimiento es un conocimiento interesado. En la práctica, en un país regido por la economía neoliberal se constata que el número de pobres va creciendo simultáneamente con el crecimiento económico, que la eficiencia va del lado de la miseria. No obstante, en sus valoraciones los liberales cuentan con las categorías de una justicia acorde con la eficiencia, la libertad y el progreso, pero todas ellas lejanas de las personas y de la dignidad humana. La eficiencia se hace equivaler a la justicia y así el capitalismo salvaje aparece como único camino de salvación para

la humanidad, cuando en realidad al capitalismo salvaje no le importan los altos costos sociales o naturales ni el enorme desperdicio de los procesos productivos, pues todo esto es admisible siempre que el mercado permita cubrir los gastos.

III. SÍNTESIS

En su fundamentación ideológica y en las consecuencias de su aplicación como modelo económico, el neoliberalismo introduce una serie de problemas graves en la vida de las sociedades cuyas estructuras no están preparadas para asumirlo. La libertad, la justicia, la igualdad y la diferencia entre los individuos, el bienestar de la sociedad, las funciones del Estado y de la sociedad civil, los derechos humanos, la democracia, y otras cuestiones fundamentales son concebidas por la ideología neoliberal de una manera tan parcializada que no contribuyen a la solución de problemas tan concretos como la corrupción, la pobreza, la miseria, los derechos de las minorías y el desconocimiento del multiculturalismo.

En el aspecto ideológico, debe señalarse que las categorías del individuo, razón y libertad no pueden primar en la manera de planear y orientar las actividades económicas, pues la suma de los bienestar individuales no es el único indicador de desarrollo ni puede disimular los problemas a los que se ven enfrentados diversos sectores de la población. También es cierto que la libertad humana no puede agotarse en la libertad frente al Estado como libertad para producir, intercambiar y consumir, ni que el problema de la justicia se agote en la injusticia distributiva, pues tales reducciones responden a una absolutización de la propiedad con fines individuales, atentando contra los derechos fundamentales de las personas y de los pueblos.

Así mismo, la economía fundamentada en los deseos refleja una concepción muy pobre de lo que es el ser humano y convierte las diferencias individuales en un agente de competitividad destructiva que hace desaparecer del horizonte de las personas y de las sociedades la cuestión del bien común, introduciendo la lucha entre las clases que ostentan el poder económico y las que tienen que habérselas con enormes problemas para sobrevivir. El nivel de industrialización no es el único indicador del desarrollo de las sociedades, pues la calidad de vida no viene dada por la cantidad de bienes y servicios a los que se pueda acceder, y los sectores de la población mundial que han alcanzado elevados grados de desarrollo técnico y científico son los que tienen mayor responsabilidad en la consecución del bienestar general de la humanidad.

Debe advertirse la fragilidad de la tesis según la cual los problemas introducidos por el desarrollo técnico científico se pueden solucionar gracias al avance ulterior en ese mismo desarrollo. Una muestra de la baja responsabilidad que se tiene en el neoliberalismo para con las generaciones futuras es el sacrificio de las condiciones mínimas para su desarrollo en aras de un bienestar presente —un desarrollo a corto plazo— se trata de un sacrificio que se fundamenta en la misma racionalidad que pretende que el bien común se deriva del bien individual automáticamente.

La manera de entender la función del Estado como la de garantizar las condiciones propicias para el intercambio y la de la sociedad civil como la legitimación de la propiedad privada muestra la firme convicción en la autorregulación del mercado mediante las leyes de oferta y demanda, creencia que no garantiza el bien común ni el respeto de los derechos fundamentales de las personas y los pueblos. Estos supuestos de autocorrección del sistema social y económico desembocan y se mantienen en la concepción puramente formal de la democracia, agotada en la participación y la deliberación.

Todos estos problemas van más allá de la interdisciplinariedad y la relatividad en cuestiones morales, pues imponen la necesidad de establecer las condiciones mínimas para la consecución de un acuerdo que, por encima de profesiones y confesiones, garantice a todos los pueblos el acceso al desarrollo, la paz y la justicia, mediante la práctica de la alteridad entre los individuos y la solidaridad entre las naciones y los bloques de naciones.

El ser humano y sus derechos fundamentales son el centro de interés de la propuesta moral cristiana y por eso es válido continuar el diálogo que con la economía se puede establecer desde diversas perspectivas contando con la crítica ético-teológica hecha en este seminario a la ideología que soporta el modelo económico del neoliberalismo. La corresponsabilidad que caracteriza la vida en comunidad en la que los seres humanos se desenvuelven hace que hoy en el país ninguna comunidad académica en su trabajo pueda soslayar cuestiones como la pobreza, la miseria, la violación de los derechos humanos y la corrupción administrativa, así como tampoco da espera a que se emprendan acciones concretas, que en el planteamiento de alternativas de solución a los problemas que hoy enmarcan la vida nacional vayan más allá del discurso.

BIBLIOGRAFÍA

- FUKUYAMA, FRANCIS, *El fin de la historia y el último hombre*, Editorial Planeta, Barcelona, 1990.
- GILDER, G., *Riqueza y pobreza*, Ed. Plaza y Janés, Barcelona, 1987.
- , *Espíritu de empresa*, Ed. Espasa Calpe, Madrid, 1989.
- BERGER, BL., *Revolución capitalista*, Ed. Sesenta , Barcelona, 1982.
- VARIOS AUTORES, *El neoliberalismo en cuestión*, Ed. Sal Terrae, Santander, 1993.
- NOVAK, MICHAEL, *Este hemisferio de libertad: filosofía de las Américas*, Editorial Diana, México, 1994.
- , *¿En verdad libraré? Discusiones sobre la teología de la liberación*. Editorial Diana, México, 1993.